

PRESENTACIÓN

Nuestros antepasados vivieron una experiencia que, transmitida mediante la escritura, representa para nosotros un privilegio y una servidumbre. Heredamos un patrimonio verbal que hay que mantener y brillantar constantemente para conseguir así su pleno disfrute. Tiene el lector entre las manos un libro que reseña el legado de Lucio Anneo Séneca y al mismo tiempo pretende interpretar su vida y su obra bajo una luz nueva que no sólo las vuelva atractivas y útiles para el mundo de hoy sino que también revele todo lo que tienen de exotismo y lejanía. Aquí estará el filósofo, el poeta, el político, pero también el hombre con las circunstancias históricas que le rondaron.

Hay una ilusión de superioridad que da el paso de la historia, el solo hecho de haber vivido después. Nuestro desdén hacia los muertos acaba cuando les prestamos oídos atentos. ¡Y cómo nos hablan algunos! Tenemos que decir entonces: «Que me perdonen los vivos si son ellos quienes me parecen como sombras» (Nietzsche). El estudioso, como mensajero o intermediario, debe ser humilde y no pretender agotar con una teoría o, peor, con una clave psicológica o interpretativa, la obra de quien es mayor que él (o en todo caso igual, un hombre frente a otro hombre). Porque Séneca, como todos los autores duraderos, se resiste a ser objeto de estudio, invade y estalla.

No se nos escapa que, en efecto, a causa de los amplios intereses intelectuales de Séneca, del gran volumen y la variedad de su producción escrita, del tamiz de artificio retórico que filtra todo lo que dice —y ya se sabe que la retórica es una máscara que oculta y destaca— es arduo y problemático el acercamiento. Pero no es tanto lo que la paciencia de los críticos y filólogos debe aclarar, como lo que la capacidad de saber plantearse nuevas cuestiones y enfoques puede también revelar.

Este libro, al menos en sus primeros capítulos, puede leerse como una biografía ordenada cronológicamente. Incluye también una serie

de discusiones sobre diversas facetas de Séneca y sobre su obra. Son, como se ve, dos partes, correspondientes al cortesano y al hombre de letras.

En la sección primera pretendo de entrada decir algo —aunque esto sea más bien insistir que decir— sobre el retrato o imagen verdadera de Séneca (que por suerte nos ha llegado). Luego me sumerjo en la vida oculta del escritor, indagando en sus años juveniles y de formación. Los capítulos que dedico a la vida pública se ocupan ante todo de su actividad política, pero no ignoran otros aspectos como la administración de bienes y las relaciones sociales. La muerte de Séneca, el hombre que tanto meditó y habló sobre la muerte, merece un capítulo entero en cuanto que el final se erige como ejemplo del enfrentamiento desigual entre el sabio y el tirano.

En la sección segunda salimos ya del relato propiamente biográfico. Afrontamos primero la cuestión del estilo, un terreno donde Séneca lleva a cabo una verdadera revolución, y luego examinamos el pensamiento de Séneca en el contexto de la filosofía antigua y el estoicismo. Como el cuerpo fundamental de la obra literaria del escritor lo hizo en prosa debatiré sobre todas y cada una de estas obras de naturaleza ante todo moral pero también consolatoria. La elección del género trágico por parte de Séneca, frente a otros menos dificultosos y alejados de la vida del hombre común podría parecer como una extravagancia casi monstruosa y presenta un vivo contraste con la obra de un filósofo y un político: abordaré las tragedias más como construcciones poéticas y síntomas del hondo y consustancial dolor del hombre que como vehículo de sus doctrinas predilectas. Tras la desaparición del individuo sigue la perduración de una obra a la que los siglos han profesado una lealtad sin desmayo. Por eso era de todo punto necesario examinar la fortuna de Séneca en la historia con una doble mirada: atender por un lado a la recepción de su obra y explicar por otro la imagen ideal y positiva del sabio que se han trazado las diversas épocas.

He querido al final hacer un pequeño regalo al lector. Recojo un ramillete de sentencias distribuidas por temas. De este modo el lector termina oyendo la palabra del propio Séneca, feliz productor de

aforismos que durarán lo que la humanidad. He tenido mucho en cuenta que algunas de las máximas que se hacen pasar por hijas de Séneca no son suyas en pura ley sino que son citas que él hace de otros autores; otras están despojadas de contexto, y así, si por acaso las dijo un personaje de teatro, la asignación al dramaturgo tiene algo de fraudulenta. Yo he procurado salvar estos inconvenientes y dar lo más auténtico y directo.

Cierra el libro una guía de lecturas que recoge las principales y más fiables ediciones de las obras de Séneca así como sus mejores y más asequibles traducciones castellanas. Hago allí también una breve reseña de media docena de monografías y estudios fundamentales. En modo alguno he pretendido elaborar una bibliografía al uso mediante una mera lista de autores acumulados en orden alfabético, sino más bien una guía introductoria para empezar a adentrarse en la *selva selvaggia* de los estudios senequistas y para animar a aquellos lectores que quieran saber más o conocer detalles a ensanchar su horizonte de conocimientos.

Este libro no es una biografía novelada, ni es una biografía al uso hecha de sucesos puestos en orden temporal. Ha evitado toda fantasía, por más tentadora que fuera, y hace en la vida de nuestro hombre una indagación literaria, histórica y filosófica elaborada sobre los datos que nos suministran las fuentes.

Para evitar meternos en un laberíntico cruce de interpretaciones hemos procurado mantener un contacto nunca interrumpido con la palabra de Séneca, eso sí, sin dejarnos arrastrar hacia la mera antología. Para ello he interrogado sin cesar a Séneca y transmito sus respuestas en incontables citas. He intentado liberarlo y liberarme de su prestigio, leerlo a la vez con inocencia y buscándole las vueltas. Me gustan sus rincones, pequeños detalles que he traído a primer plano. Este libro es también un esfuerzo de acercamiento. Porque es verdad que Séneca, como dejó dicho María Zambrano, «vuelve sencillamente porque le hemos buscado, y no por la genialidad de su pensamiento, ni por nada que tenga que ofrecer al audaz conocimiento de hoy».

Las traducciones de textos grecolatinos que incluyo, si no hay advertencia en contrario, son todas mías. Las referencias obligadas de

fuentes antiguas se hacen según los títulos en castellano, valiéndome de abreviatura sólo para las obras de Séneca. Ningún texto entrecuillado es novelesco o ficticio, ni siquiera por elaboración o adaptación de la fuente original. El libro lleva un cuerpo de notas mínimo, de manera que no estorba una lectura continuada. Está ahí más por reconocimiento de mis fuentes que porque al lector le sea imprescindible. Los títulos de las obras de autores griegos y latinos se dan en castellano por lo general. Para las obras de Séneca me remito al cuadro de abreviaturas que sigue.

ABREVIATURAS

1. OBRAS EN PROSA

Apo = *Apocolocyntosis* o *la Calabacificación*

Ben = *De beneficiis* o *Los favores*

BVi = *De brevitae vitae* o *La brevedad de la vida*

Cle = *De clementia* o *El perdón*

CHe = *Escrito consolatorio dirigido a Helvia*

CMa = *Escrito consolatorio dirigido a Marcia*

CPo = *Escrito consolatorio dirigido a Polibio*

CSa = *De constantia sapientis* o *La integridad del sabio*

CLu = *Cartas a Lucilio*

OSa = *De otio sapientis* o *El ocio del sabio*

Pro = *De providentia* o *La providencia*

CNa = *Quaestiones naturales* o *Indagaciones sobre la naturaleza*

Tra = *De tranquillitate animi* o *La tranquilidad de espíritu*

VFe = *De vita beata* o *La vida feliz*

2. LAS TRAGEDIAS

Aga = *Agamenón*

HFu = *Hércules furibundo*

Het = *Hércules en el Eta*

Med = *Medea*

Edi = *Edipo*

Fed = *Fedra*

Fen = *Las fenicias*

Tie = *Tiestes*

Tro = *Las troyanas*

3. FRAGMENTOS Y POEMAS

Ant. Lat. = *Anthologia Latina* (Riese)

Frg = *Fragmentos*

¿QUIÉN FUE SÉNECA?

IMAGEN DE UNA VIDA

Al morir, Séneca deja a sus amigos una suerte de retrato moral, *imago vitae suae*, que se basa en el recuerdo de su ejemplo y en el conjunto de sus palabras, mensaje en el tiempo. ¿Qué logró? En el sentir popular, ha llegado a ser sin duda el sabio, pero no el sabio que sabe muchas cosas, sino el que sencillamente sabe conducirse. El listo o el erudito viven en la inquieta avidez de medrar o acumular conocimientos. Por contra, el verdadero sabio vive en el sosiego. Su meta es preservar la paz que ya ha logrado por decisión y actitud. Esta imagen de Séneca, que tanto habría halagado a sus deseos de perdurar, no es muy cabal. Para Séneca la condición humana no es una esencia metafísica, ni siquiera una ideación abstracta, sino el engarce de cada cual con el momento presente, su medio, sus circunstancias. Por eso él mismo fue un individuo de muchas caras: político, gran propietario, hombre de negocios, practicante y difusor de la filosofía, orador, poeta. Cualquiera de estas actividades, llevada en la forma en que las llevó Séneca, con una búsqueda casi ansiosa de incremento y perfección, puede llenar la vida de muchos hombres. Él las abordó todas, si no con éxito, con entusiasmo.

Alguien podría decir que por intentar ser grande en tantas cosas no lo fue de verdad en ninguna. En filosofía no fue un Platón, como poeta trágico está lejos de Esquilo. Pero ¿quiénes en la misma Grecia se acercan a esas figuras? Había pasado el tiempo de los gigantes. Séneca no construye una filosofía, es simplemente un usuario y al mismo tiempo un mediador que la transmite a otros. Como poeta no es un sacerdote de las liturgias trágicas, sino más bien un compositor de piezas verbales de hermosa factura y aplicaciones ante todo políticas y psicológicas. Es el dramaturgo de las pasiones que despiden sus destellos terribles en la atmósfera irreal del poder. Nada más y nada menos.

Los romanos eran un pueblo poco individualista, compacto y casi gregario. A ello debieron el éxito de su expansión y dominio ecuménicos. Estaban convencidos de que el hombre suelto no es nada, que

uno se debe y le debe todo a los demás. Pero tenían una expresión con trasfondo religioso que usaban a la hora de hacer algo a capricho. Cuando había que obrar según el propio impulso decían *genio indulgere*, esto es, dar gusto al propio genio divino. Era condescender a los caprichos de un segundo yo que habita en cada hombre, el más personal y profundo, aquel que no es una construcción social sino un arranque que viene de lo oscuro y misterioso. Nosotros hemos secularizado el genio como ‘carácter’, pero para ellos era una entidad divina y autónoma. Séneca sintió y siguió impulsos heterogéneos y los integró en una forma única. Como la de todo hombre, su vida debió experimentar una tensión continua entre las exigencias del yo impuesto por la sociedad y el yo que busca forma propia. Y el legado de una vida siempre presenta esas dos caras. Genio y crianza hacen nuestra figura, y así hasta la sepultura (y aun después).

Pero dejando aparte esta duplicidad esencial, quien, ahora al cabo de los siglos, quiera comprender a Séneca se enfrentará a cuatro obstáculos fundamentales. El primero es la escasez de testimonios cercanos que nos describen su vida. El segundo inconveniente parece contradecir al anterior, y es el caudal de palabras suyas que nos ha llegado, embebidas en escritos pertenecientes a los más diversos géneros y organizados conforme a la más experta retórica. Un tercer impedimento se establece a través de la cosificación escolar a la que se ve sometido todo clásico. La última y quizá la más insidiosa trampa es la mitificación: Séneca ni parece ni es un hombre real y verdadero sino un emblema de múltiples significados. Examinemos estos obstáculos uno por uno para saber que están ahí e intentar, si no removerlos, sortearlos al menos.

LAS FUENTES

Así pues, para empezar, tenemos una lamentable escasez de testimonios antiguos sobre nuestro hombre que no provengan de sus propios escritos. Realmente, si deseamos lo poco que aporta el historiador, Suetonio, que compuso las biografías de doce emperadores, desde

César a Domiciano, tenemos que admitir que nos han llegado sólo dos textos extensos sobre su vida, redactado uno en latín y otro en griego. Ambos se inscriben en los informes históricos de Tácito y de Dión Casio sobre el reino de Nerón, en el que Séneca ocupa un lugar destacado aunque no el principal. Hay que tener en cuenta además que los dos relatos abarcan sólo una docena de años de la larga vida de nuestro personaje.

La narración de Tácito es mucho más extensa, jugosa, artística y atractiva que la otra. La de Dión Casio resulta demasiado escueta y plana (y para colmo la obra de este autor fue objeto de manipulaciones y recortes con miras a difundirla en cómodos pero inseguros resúmenes). Tácito, que pudo conocer personalmente a Séneca y desde luego a las gentes de su círculo, reelabora informes favorables pero también transcribe sucintamente los ataques de Suilio Rufo, que paladinamente desestima por provenir de un personaje venal. Tácito lanza «agrios dicerios cortesanos» (A. García Galvo) a diestro y siniestro. Es lo que más le gusta. Su historia es moral y cortesana. Las mismas palabras de Suilio Rufo, y quizá otros informes históricos menos halagadores, se reflejan en Dión Casio, que vivió un siglo después de Séneca, fue un griego algo celoso de las glorias latinas y que se mostraba proclive a ensalzar el autoritarismo imperial.

EL TESTIMONIO PROPIO

De esta manera, para todo lo que está fuera del tiempo en que Séneca se movió en la corte de Nerón, casi no tenemos otra fuente de información que sus propios escritos, que son sobrios muchas veces a la hora de hablar del redactor, y cuando se explayan, como sucede en las cartas dirigidas a su amigo Lucilio, abarcan unos meses tan sólo de la vejez del autor y se muestran parcos en noticias trascendentales, aunque amablemente ricos en detalles de la vida cotidiana: ni una palabra tan sólo sobre el espantoso incendio de Roma del año 64, mucho en cambio sobre la salud claudicante de aquel hombre que cruza las puertas de su vejez.

Contamos con muchas palabras suyas, demasiadas tal vez: este es, hemos dicho, el segundo obstáculo. Séneca es verboso sin ser nunca vacuo; la contención no es su virtud pero, como un buen abogado, nunca persigue un tema agotado ni se enajena la atención del oyente. Tenía, como le reconoce el crítico Quintiliano, «una inventiva fácil y rica» (*ingenium facile et copiosum*). Nos plantea, pues, un problema de cantidad.

Pero también un problema de calidad. Porque es un retórico habilidoso que sabe muy bien hablar *non ore suo*, esto es, hacer de ventrilocuo de sus muñecos trágicos, del príncipe Nerón, del propio personaje Séneca. Sus textos, prolijos algunos y armados todos según géneros tan contrapuestos como la tragedia y el tratado de ciencia natural, la sátira y la carta, son una ventaja y a la vez un inconveniente para conocerlo. Formado en la escuela romana de retórica, su uso de la palabra busca irremediablemente el efecto. Conductor de almas, psicólogo, el orador es también un manipulador que, en un sentido plástico, quiere conformar los espíritus.

Pero al expresarnos hacemos nuestro retrato y nos enmascaramos a un mismo tiempo. Cada palabra, hablada o puesta por escrito, es nuestro espejo. Pero las palabras también sirven para ocultar. El hombre es criatura de verdad y engaño. Séneca se educó en la retórica, practicó la retórica e hizo de la retórica una segunda naturaleza. Le era imposible hablar sin retórica. Por eso cuando abominó de la retórica —siempre incidentalmente y por exigencias del momento—, lo hizo, cómo no, con retórica. La filosofía va a la sustancia de las cosas y derechamente en busca de la verdad; el bien, tiene que dar de lado a la retórica. «He aquí el resumen de nuestro intento: digamos lo que sentimos, sintamos lo que decimos: concuerde nuestra charla con nuestra vida»¹. Pero del dicho al hecho... Esto es un deseo ideal e irrealizable, e inconveniente en el fondo, porque dejaría a la sabiduría en una fea desnudez.

Séneca, pues, nos tiende una red de palabras. El lector se adentra en ellas y queda atrapado, aunque a través de la malla el autor pro-

1. *CLu* 75.4.

cura que no deje de entrever el mundo de fuera. Gracias a que no se encierra en un estéril solipsismo el discurso tan artificioso de Séneca logra mantenerse en un fecundo margen entre vida y literatura. Aquí es fuerza recordar una definición de clásico que corre por ahí: alguien que nunca acaba de decir lo que tiene que decir. Y las palabras de Séneca están en continua fricción con la realidad, echando chispas nuevas. Por eso reconocía el ilustrado Diderot: «Nunca releo las obras de Séneca sin tener la sensación de que no las he leído bastante».

Séneca sabe que todo el que habla o escribe *se expone*. Descorre la cortina del escaparate íntimo de su alma y corre los riesgos sociales del ridículo, la vergüenza, las malas interpretaciones, en fin. Algunos han acusado a Séneca de ser uno de los grandes hipócritas de la literatura, un loco que engañó al mundo. Porque parece de locos o hipócritas enfermizos el meterse de lleno en la corte imperial de Nerón, aquel ambiente de tragedia sin dioses ni poesía, y componer al mismo tiempo discursos de prudencia y moderación. Ya Séneca nos avisa que oía continuamente en sus oídos el retintín del crítico que le espetaba: «Hablas de una manera y vives de otra»².

La obra de un escritor, sobre todo cuando es ante todo poética (las tragedias) y filosófica (tratados y cartas), se erige como un mundo autónomo. Por eso la obra de Séneca se puede leer y estudiar con provecho prescindiendo del hombre, por más que la vida de Séneca quede casi ciega y muda si prescindimos de su obra.

Ya que intentamos advertir sobre esta cuestión de las palabras (con su inasible verdad filosófica y sus certezas retóricas) y las palabras que nos van a ocupar a lo largo de las páginas de este libro están dichas en una lengua del pasado, diremos algo sobre el latín y sus ineludibles presencias y traducciones. Esto es, que aquí el lector encontrará palabras, expresiones y frases en su lengua original (recítelas en alta voz, paladeándolas). Otras veces topará, irremediablemente en el caso de los textos largos, con traducciones. Ya se sabe que la traducción es un mal provechoso, que se traduce por necesidad pero nunca impunemente. El traductor es un contrabandista de conceptos, ha de procurar

2. *VFe* 18.1.

escamotear la mercancía o que en la frontera de las lenguas se pague el peaje menos gravoso. Eso he procurado yo al poner los textos de Séneca en castellano. Pero el lector no tiene por qué preocuparse, ya que los buenos autores transpiran a través de cualquier ropaje que se les eche encima, y los dichos de Séneca son tan certeros y ponderados que ni el peor de los traductores los puede echar a perder.

UN OBJETO ESCOLAR

Y ahora vamos con el tercer gran obstáculo: las rutinas, frialdades y desapegos de la erudición escolar. El caso es que a Séneca, como a todo clásico, también le ha hecho daño la escuela. Este es, como dijimos, otro gran impedimento para acercarnos a él. Pero un clásico es aquel autor que en clase se machaca (tomemos en su doble acepción este vocablo tan estudiantil) y también el autor que ninguna clase es incapaz de hacer aborrecible. El erudito, fabricante de pequeñas explicaciones, es un ser necesario aunque peligroso. Es un intermediario útil, pero en ocasiones su buena voluntad y su laboriosidad pueden echarlo a perder todo. Apegado a la letra y el dato, muchas veces parece no saber bien el valor hondo y humano de lo que se trae entre manos. La cosificación rutinaria, construida sobre todo escogiendo lo más convencional y aceptado de una ideología escolar semiconsciente, echa un manto de niebla sobre el rico paisaje senecano. Olvida sus raíces problemáticas, las angustias y perplejidades de donde brota ese pensamiento, las componendas, en fin, que tiene que elaborar como soluciones, si no falsas, al menos provisionales.

EL MITO

Y abordamos ya la última dificultad, que es la más difícil de salvar: la mitificación del personaje. Séneca, como Nerón —su discípulo, su compadre, su superior, su antagonista, su verdugo—, casi no parece un hombre, sino un símbolo espectral que corre por la historia. Una cifra

enigmática que sólo vale lo que vale puesta al lado de otras. Y eso no le pasa a él solo, sino a muchos de los grandes autores antiguos que, depurados por el tamiz del tiempo y lamidos por los ojos de multitudes de lectores, adquieren un brillo inhumano y una redondez escurridiza. «Qui me délivrera des Grecs et des Romains?», exclamaba el poeta francés Joseph Berchoux (1760-1839), ahíto de clasicismo. Porque los mitos también pesan y abruma. El Séneca mitificado se convierte en una figura cuasi religiosa. Es una suerte de santo pagano de una sola pieza y que sólo tiene defectos aparentes. Cualquier cosa dicha o hecha que desmerezca de esa imagen ideal del hombre viene a resultar que o no la hizo, o no la dijo, o no tiene el sentido que parece que tiene. Su conducta, como la de los santos y profetas divinos, se salva siempre por una buena intención última. A ninguno de sus actos se le reconoce la finalidad múltiple, impura pero enriquecedora, de toda acción humana. En ningún terreno es ello más evidente que en el de la política. El ejercicio del poder, como sin duda lo ejerció Séneca, pretende el mayor bien de los otros pero sirve al mismo tiempo para lograr el mayor bien del gobernante en forma, si no de riqueza material, de reconocimiento.

Así pues, Séneca es una figura tan mitificada como Nerón, al que amonesta transitando por los predios de la Eternidad y del que a su vez recibe una luz ambigua y maligna. Ahora bien, el mito senecano no se consolida nunca del todo porque está ahí el legado operante de su palabra. Habló mucho de todo, y eso le libra de ser la estatua muda que es Nerón. A Séneca podemos pedirle la palabra. Y contesta siempre. Pero debemos saber escucharle, sin las costras del mito.

No podemos aquí dejar de enfrentarnos a la mitificación nacionalista, y, si no echar por tierra, intentar al menos poner en entredicho el presunto celtiberismo, hispanismo, españolismo y hasta andalucismo de Séneca. ¡Qué antología de disparates se puede hilvanar en un instante! «Séneca no es un español, hijo de España por azar; es español por esencia», la frase de Ganivet suena rancia y tan caduca que ni siquiera necesita ya refutación. Menéndez Pelayo se entregó con fruición y convencimiento a estas elucubraciones patrióticas: «En Séneca —asegura— están apuntados ya los principales caracteres del genio filosófico nacional. Dos de ellos, el espíritu crítico y el sentido

práctico, llaman desde luego la atención del lector más distraído». José Bergamín, más irónico y juguetón, tampoco es menos lanzado a la hora de estos delirios: «La voluptuosidad torera de la precisión, por la palabra, verdaderamente la inventó Séneca, el español meridional, andaluz, torero, de Córdoba». Es curioso que los defensores de la españolidad de Séneca le aplican supuestas virtudes hispanas (sobriedad, compromiso) pero también ciertos defectos (pesimismo, sensualidad). Américo Castro, en su obra *La realidad histórica de España*, protestó enérgicamente contra la españolización de Séneca: «Sólo una alucinación, explicable por una especie de psicosis colectiva, pudo hacer de Séneca y de su filosofía un fenómeno español». Y basta sobre este punto.

SÓCRATES

Más peso que esta deleznable teoría nacionalista tiene en la mitificación de Séneca la inevitable semejanza con Sócrates, el pedagogo de Atenas, víctima también de otra tiranía encarnada en el dictado del voto y la asamblea. Séneca es de alguna manera el Sócrates romano. Hoy ya conocemos la *vera efigies* de Séneca en el doble busto del Museo de Berlín que representa pegadas por la nuca las cabezas de Séneca y Sócrates. Sócrates es el filósofo que Séneca nombra más veces en sus escritos. Le interesa ante todo como figura equiparable a los héroes romanos; lo tiene por un sabio estoico anterior a la secta y lo toma por modelo ideal. Maneja su biografía descompuesta en anécdotas, no su doctrina.

Y Séneca, en este cotejo de figuras míticas, tiene ventajas y desventajas respecto a Sócrates. Sócrates no escribió nada. Participó en la vida de la *pólis* como ciudadano y soldado ejemplar, convencido y dispuesto incluso a soportar la injusticia antes que hacer ostentación de una libertad peligrosa. Pero por otro lado, con su discutir constante, puso fermentos de rebeldía en los ánimos. La condena final, libremente aceptada equivale a una buena muerte. Sócrates toma la cicuta para no dar un mal ejemplo y para evitar una vida extenuada, de vejez e infecundo destierro.